

A C A N T I L A D O



Gábor Schein  
**El sueco**

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

# EL SUECO

GÁBOR SCHEIN

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO  
DE ADAN KOVACSICS

ACANTILADO  
BARCELONA 2019

TÍTULO ORIGINAL  
*Sved*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2015 by Gábor Schein  
© de la traducción, 2019 by Adan Kovacsics Meszaros  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-82-9

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL  
*junio de 2019*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los

titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

# 1. EL CATÁLOGO

Diez días antes de su muerte, el señor Grönewald envió un mensaje a Budapest, concretamente a la doctora Bíró, pidiéndole que cogiera cuanto antes un avión y fuera a verlo de inmediato, sin avisar a nadie del objeto del viaje. Como era lógico, él asumiría hasta el último céntimo de los gastos del vuelo y del alojamiento, y la resarciría de las pérdidas que pudieran ocasionarle los dos días de estancia. Explicaba en el mensaje que se veía obligado a pedir que fuera con tanta urgencia porque el médico jefe de la sección de medicina interna del Instituto K., a quien lo unía una amistad de varias décadas, le había comunicado el día anterior un avance preocupante del cáncer de hígado. Una operación quedaba descartada, la quimioterapia carecía de sentido, y el tumor sólo permitía elegir entre diferentes formas de tratamiento para paliar el dolor. Su amigo le recomendó ingresar por el tiempo que le quedaba en la clínica, donde recibiría los cuidados necesarios por parte de profesionales y expertos y se lo atendería de día y de noche. Él agradeció la oferta pero la rechazó, pues se aferraba a la idea de pasar los últimos días en su propio nido. Dignamente, como un animal que vive en libertad. Sólo pidió los servicios de una enfermera que lo ayudara y, a pesar de los dolores difícilmente soportables que a buen seguro irían a más, insistió en la decisión de no aceptar que se le administrara morfina mientras no resolviera su asunto con la doctora Bíró.

Como no se conocían personalmente, pues sólo habían intercambiado unas cartas, a la doctora Bíró no le costó en absoluto reaccionar con la misma serenidad que transmitía el mensaje recibido. Llamó uno a uno a sus pacientes, can-

celó las citas apuntadas para los dos días venideros en su agenda, organizó una sustitución en el centro en el que trabajaba y compró un billete para el avión que salía a la tarde siguiente a Estocolmo. Una vez todo resuelto, comunicó al señor Grönwald la hora exacta de su llegada y preguntó de forma imprudente si se encontraría también con Ervin. «Le he prohibido que venga», fue la respuesta desde Estocolmo.

La doctora Bíró durmió durante todo el vuelo y como sólo tenía una maleta pequeña que pudo llevar a bordo como equipaje de mano tardó escasos minutos en salir del edificio del aeropuerto. Hacía frío. Cuando se puso en marcha caían ya gotas de una lluvia que se presagiaba desagradable, fastidiosa, y que se transformó en granizo al llegar ella en autobús al centro de la ciudad. La doctora Bíró se subió la cremallera del abrigo hasta el mentón. El señor Grönwald le había explicado exactamente cómo llegar desde la estación de autobuses hasta su casa. A pie se tardaba un cuarto de hora; a paso tranquilo, veinte minutos como mucho. Teniendo en cuenta la inclemencia del tiempo, lo recomendable habría sido tomar un taxi; los coches amarillos se alineaban ante el edificio de la estación, pero la doctora Bíró era más ahorradora con el dinero ajeno que con el propio. De modo que, por muy espantoso que fuese el tiempo que hacía, tomó el camino a pie. Hacia las diez de la noche, en el centro de la ciudad, sólo se topó con figuras presurosas que se calaban la capucha hasta los ojos o luchaban con el paraguas contra el viento. El camino ascendía ligeramente. Ella también apretó el paso todo lo que pudo a pesar de la maleta, para acortar los minutos bajo el granizo otoñal. Las gotas transparentes, heladas, caían en abundancia sobre el paraguas y se acumulaban también en torno al asa de la maleta. Torció en una calleja, por donde ya no transitaba nadie; sólo un coche pasó a su lado.

La doctora Bíró observaba los números de las casas y escuchaba los golpes del granizo sobre el paraguas. No tardó en encontrar el edificio. Tocó largo rato el timbre. Al

señor Grönewald seguro que le costó levantarse de la cama y llegar al vestíbulo. La dejó entrar sin comunicarse con ella por el interfono. Cuando la doctora Bíró entró en el edificio, enseguida se encendió la luz. Ya que había llegado caminando, no se detuvo ante el ascensor. Sólo tenía que subir a pie hasta la segunda planta. Arriba encontró la puerta entornada.

—¡Entre!

Por la llamada telefónica del día anterior, la doctora Bíró ya conocía la voz ronca, enfermiza, que se dirigía a ella desde el interior de la vivienda.

—¡Venga!

Según sus documentos personales, Ervin Grönewald había nacido el 13 de octubre de 1957 en Budapest. No cabía ninguna duda respecto al lugar. La fecha de nacimiento, sin embargo, no era correcta. Empezó a asistir a la escuela en 1960 en Estocolmo, de modo que en ese momento no podía tener menos de seis años ni mucho más de siete. Por tanto, su año de nacimiento debía ser 1954 o 1953. La fecha consignada en los documentos era la de su llegada a Estocolmo. Hasta el momento no se había conseguido encontrar su certificado de nacimiento.

Al cabo de unos años, Ervin no recordaba ya en absoluto su paso por el campo de refugiados ni guardaba recuerdos de su anterior vida ni de su huida, sin duda no carente de vicisitudes. El señor Grönewald y su esposa decidieron criarlo como si fuese su propio hijo. Lo cual significaba que no estaban dispuestos a hablarle de lo poco que sabían de ese estrecho segmento de su vida. Y el señor Grönewald se atuvo a ello incluso cuando, después de jubilarse y tras la muerte de su esposa, se topó una y otra vez con esas lagunas en los antecedentes de su hijo. ¿En qué circunstancias había huido de su país? ¿Cuál había sido la causa? ¿Por qué se había separado de él la persona que lo traía, como si hubiera cortado por segunda vez el cordón umbilical? Fue entonces cuando el señor Grönewald contactó con la doctora Bíró. Ella creía entender el motivo de su silencio

como también el hecho de que años después, sobre todo tras el fallecimiento de su esposa, se interesara cada vez más, casi en exclusiva, por el destino de Ervin.

—¡Venga ya!—repitió, impaciente, la voz.

En 1957, el señor Grönwald tenía cuarenta años, y Teresa, su esposa, dos años menos. Su matrimonio se contrajo bajo una mala estrella, pues no pudieron tener hijos. El señor Grönwald, quien por aquel entonces trabajaba ya para el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, viajó a Kapfenberg, Austria, para informar a sus superiores, tras interrogar a los refugiados, sobre lo ocurrido en Hungría en octubre del año anterior y en las semanas y meses siguientes. Por tal motivo, estuvo varias veces en el campo de refugiados. Los informes se ceñían sobre todo a casos individuales y sólo de manera muy cautelosa sacaban conclusiones de carácter general. El interés del informador se refería a toda clase de detalles. A la composición y los objetivos de los grupos de la resistencia, a la postura del ejército y de las fuerzas de seguridad del Estado durante la revolución y después de ésta, así como a qué base social podía tener el nuevo poder, qué dimensiones había alcanzado la represión y cómo funcionaba la justicia. Ervin, quien años más tarde encontró esos informes, no halló ni uno solo que pudiera relacionar con su propia historia. El señor Grönwald evitó concienzudamente cualquier mención de los niños no acompañados, a pesar de que el asunto de su colocación o de su posible devolución desempeñó durante meses un papel en las negociaciones internacionales.

Si se quiere reconstruir lo ocurrido, habrá que suponer que Teresa y el señor Grönwald hicieron todo lo posible por tener un hijo. Ni por un instante pudo su matrimonio calificarse de feliz, si se considera la felicidad de la pareja un estado en que dos personas tan cercanas la una a la otra, al mirar atrás y adelante, al contemplar su pasado y sus expectativas comunes, vuelven a decir sí a todo lo bueno y lo malo que les ha dado la vida, así como a lo que aún les promete. Tal vez no todo el mundo sea capaz de seme-



jante paz interior. Ambos pensaban que no estaban hechos para ella, que para eso deberían volver a nacer. Quizá no eran dignos de tal serenidad, pensaban, y, de ser así, los menos culpables eran ellos mismos. La historia del mundo en el que vivían y en el que se habían criado estaba escrita por las leyes del asesinato aunque no se percibiera a cada instante. Si bien el mundo toleraba la felicidad individual, sólo lo hacía para, en el momento menos esperado, mofarse de ella, y con razón. Nadie podía aspirar a la felicidad fuera de esas leyes, aunque viviera en un lugar tan resguardado de los vientos como Suecia; sólo dentro de las leyes, las leyes del asesinato. Con estos complejos y sofisticados argumentos responsabilizaban ellos al mundo de su desdicha.

Cuando hablaban de ello, lo cual ocurría con frecuencia, sobre todo a altas horas de la noche, después de repasar los acontecimientos del día, siempre se mostraban de acuerdo. Teresa solía llevar la voz cantante, y el señor Grönwald asentía con un murmullo hasta que entre murmullos conciliaba el sueño. Por supuesto, esas explicaciones tenían su razón, aunque ambos sentían que la realidad era algo mucho más sencillo. Desde el comienzo, faltó en su relación la intensidad del olvido de sí mismo, faltó también la ligereza y la serenidad que con el tiempo se asienta entre los enamorados. No habían sido creados el uno para el otro. Se acostumbraron el uno al otro, se aceptaron mutuamente, y quién sabe, pensaban ambos, a lo mejor eso era lo máximo a lo que podían aspirar. ¿No era lo demás que los hombres suelen desear sólo una dádiva del momento y de la imaginación, que se disuelve rápidamente como la niebla matutina?

Cuando quisieron un hijo, sabían lo que emprendían. Recurrieron a todas las ayudas médicas posibles, mas sus esfuerzos no se vieron coronados por el éxito. La idea de conseguir un niño en Kapfenberg debió de surgir en la mente de Teresa después de la primera visita del señor Grönwald al campo de refugiados y de lo que contó al

volver a casa. Empezó el segundo viaje a Austria ya con la intención de elegir allí a un niño. Teresa le encargó que fuese un varón, pues le daba la sensación de que con una niña no podría. Le pidió también que fuese rubio, porque así no llamaría la atención entre los suecos; y que fuese, además, fuerte y sano en la medida de lo posible. Y Ervin lo era; una criatura rubia, fuerte, rechoncha, que no presentaba ningún problema a primera vista.

A alguien debía de pertenecer, sin embargo. Un niño de tres años no pudo haber cruzado solo la frontera. El señor Grönwald negoció. Pagó el precio del niño a la persona a la que pertenecía, pagó un precio alto y lo hizo trasladar a Suecia con la ayuda de la Iglesia evangélica. No había motivos para los escrúpulos. Coincidieron en que habían salvado a Ervin de la completa desesperanza, en que le regalaban una vida que, cuando nació, nadie podía esperar para él. Lo mismo consideró también la persona de alto rango en la iglesia que por parte de los evangélicos gestionó el asunto con prudencia y, lo más importante, con discreción.

Tanto el señor Grönwald como Teresa procuraron olvidar cuanto antes las circunstancias y las dificultades con que se toparon a la hora de conseguir el niño. Jamás consideraron su relación con Ervin el resultado de un negocio, es decir, de una simple apropiación. Tanto menos cuanto que la confianza y el riesgo también desempeñaron un papel en lo ocurrido. Si se cree en que ciertas inclinaciones se heredan, no podían saber a quién acogían, si el niño poseía buenas o malas cualidades. Por otra parte, la adopción otorgaba a Ervin determinados derechos de los que luego quizá no se haría digno. Por tanto, resulta comprensible que para garantizar una relación imperturbada y la tranquilidad del propio Ervin, el señor Grönwald y Teresa nunca le revelaran nada, y lo más probable es que el señor Grönwald se hubiera llevado a la tumba la historia de su hijo si la vida de Ervin no se hubiera derrumbado de forma inopinada.

—¿Es usted? ¿Por qué no entra?

La doctora Bíró necesitó unos minutos para prepararse para el encuentro. Apoyó la maleta contra la pared, colgó el abrigo en un perchero, maniobró torpemente con el paraguas, pues no quería dejarlo todo mojado. El vestíbulo daba a una sala oscura. Sólo pudo ver el mobiliario al día siguiente, pues en ese momento estaba ocupada en no chocar con nada. Una luz se filtraba a través de una puerta situada al otro lado de la sala.

—¡Por fin! ¡Ya ha llegado! ¿Qué hora es?

—Faltan dos minutos para las diez y media.

—Tráigame agua. Está aquí al lado, en el baño.

La doctora Bíró encontró un vaso en el baño y lo llenó hasta la mitad.

—¡Deme de beber!

El señor Grönewald trató de incorporarse, pero no lo consiguió. Dejó que la doctora Bíró le apoyara la espalda. Ella contaba con un cuerpo mucho más pesado. A buen seguro, el hombre había adelgazado tremendamente en las últimas semanas. Despedía un olor desagradable, amargo. La doctora Bíró sabía que la muerte olía, que se presentaba con cierto olor cuando nadie sospechaba aún de su proximidad. Primero se instala bajo el mentón y detrás de las orejas, luego espera durante un tiempo, a veces durante años, puesto que ha marcado ya el cuerpo, y luego se pone en marcha, desciende hasta las axilas, se esparce por el tórax y baja hacia la ingle, y cuando ésta huele a muerte no hay nada que hacer, el botín le pertenece, no merece la pena luchar con ella. Un buen médico constata con el olfato si cabe aún alguna esperanza.

—¡Es usted torpe!

El señor Grönewald tragó mal y le costó dejar de toser. La doctora Bíró le enjugó el mentón con un pañuelo. El anciano enfermo le apretó con fuerza la muñeca. Le dolió, y el dolor le llegó de forma inopinada. El nexa entre ellos se había vuelto demasiado directo, hasta el punto de afectarle los nervios, cosa que ella deseaba evitar a toda costa. En el instante siguiente, la doctora Bíró movió el brazo para aflo-

jar la presión de la mano. Al apoyar la espalda del señor Grönewald, le dio a entender con la postura de su cuerpo que estaba dispuesta a hacer lo que le pedía la situación, cualquier cosa salvo dejar que afloraran los sentimientos. Lo cual desde luego no era fácil de evitar. Recorrió el rostro del señor Grönewald con la mirada. Un cráneo de imponente forma arqueada, pómulos salientes, labios delgados, ojos pequeños y sumamente inteligentes. La doctora Bíró podía estar segura de que el señor Grönewald había pensado muy bien lo que esperaba de ella y no le molestaba el contacto de esas femeninas manos cuidadoras; de que no creía que ese contacto se dirigiera a él y no a ese cuerpo pesado, difícil de mover con el que se había vuelto idéntico.

Finalmente amainó la tos convulsa.

—Estoy cansado—dijo el señor Grönewald—. Hoy ya no haremos nada. Dormirá usted fuera, en el sofá. No hay sábana, pero el edredón está preparado.

¿De dónde surge la simpatía, sobre qué base nace en un abrir y cerrar de ojos, como una decisión, como un reconocimiento?

La doctora Bíró se cambió en la sala y se acostó en el sofá. Durmió mal porque el sitio era estrecho, se despertó varias veces durante la noche y a la mañana siguiente tenía la sensación de que sus huesos se habían roto en pedazos. Aún reinaba la oscuridad en el exterior. Por el ventanal que daba a un jardín sólo se filtraba la tenue luz de una farola. Miró el reloj; apenas habían pasado las siete. Volvió a repasar el día anterior, el repentino viaje y la llegada a esa ciudad en donde la esperaba un moribundo para, antes de morir, solucionar con ella el único asunto importante que había quedado a medio resolver. Hasta esta fecha, sólo conocía al señor Grönewald por unas cartas y por la llamada telefónica de la noche anterior. Carecía él de cuerpo para ella. Lo asociaba a una letra sumamente pulcra, al flujo tranquilo de las palabras escritas con una hermosa caligrafía, a la belleza impersonal que transmitía su escritura en general.

Una tranquilizadora impersonalidad se instaló de entrada entre ambos, y de ella formaba parte también la distancia en el espacio; jamás se le había ocurrido que fuese algo positivo cambiar este hecho, es decir, conocer personalmente al anciano al que pertenecía esa letra. Con su llamada, el señor Grönwald había roto la relación directa libre de indiscreciones e importunaciones, la voz ronca, que no encajaba en absoluto con la escritura, ya sólo suponía un añadido. La doctora Bíró no podía rechazar la petición, que era más bien una orden, pero luego, tumbada en la sala, se dio cuenta de que el moribundo anciano la había violentado, se había adentrado en un ámbito de su existencia en el que cuanto ocurre no sólo es cuestión del oído, de la vista, del olfato, del tacto o de los sentidos a los que no podemos nombrar con tal claridad, sino de todo ello al mismo tiempo. Estaba allí, en aquella vivienda, oía la respiración entrecortada y maquinaal del señor Grönwald y percibía el espacio ajeno a su alrededor; no sólo la habitación con sus muebles, sino el entorno en general, la ciudad entera, desconocida para ella. Y recordó que la noche anterior había tocado sin resistencia, con la naturalidad propia de la situación, el cuerpo de ese moribundo, le había apoyado la espalda, le había dado de beber, le había enjugado los labios y, a todo esto, había notado el olor de sus efluvios, el olor de la muerte.

A la doctora Bíró le costaba tolerar la proximidad de otra persona cuando no se trataba de un paciente. En tal caso había de desempeñar un papel cuyas reglas conocía y que podría haber desempeñado también otra persona. Disponía de recursos y al fin y al cabo era ella quien lo dirigía todo, porque en eso consistía su trabajo: en poseer recursos y en dirigir de forma imperceptible. En esta ocasión no se preguntó a sí misma si quería aceptar esa proximidad. Hizo lo que otra habría hecho en su lugar. No ella. Encerró a otra, no a ella, en el mundo de ese anciano desconocido, a otra a quien aún no conocía.

Volvió a mirar el reloj y se alegró de que apenas hubiera transcurrido el tiempo. Sólo unos minutos. La luz amarillenta que se filtraba por la ventana le permitía constatar que la habitación rectangular estaba equipada a la manera continental, con un tresillo, un televisor, una biblioteca. En cambio, se quedaba uno corto si afirmaba que la mesa de comedor para ocho personas con sus respectivas sillas, que ocupaba como mínimo una tercera parte de la sala, no encajaba en ese esquema. Simplemente, hacía estallar el esquema, hacía estallar cualquier esquema. Para una mesa así, lo propio habría sido construir otro tipo de casa, vivir otro tipo de vida, pensó la doctora Bíró. Una mesa así exigía sentarse a ella, no se la podía dejar mucho tiempo desierta, debía haber al menos dos personas y, si era posible, incluso más conversando y comiendo a su alrededor. Y también unos ojos. Una mirada que situara la mesa tanto en el pasado como en lo personal. De lo contrario comenzaría a crecer con su vacío y su inutilidad, se convertiría en algo así como una boca abierta, como un bostezo que lo absorbería todo.

A buen seguro, la comida estaba rodeada de gran respeto en la familia del señor Grönwald. Sin duda, los Grönwald invitaban a cenar a mucha gente, pensó la doctora Bíró; aun así, no conseguía imaginar a hombres y mujeres conversando relajadamente entre esas paredes. Entonces no sabía aún que esa mesa de roble para ocho comensales —porque era de roble, no de nogal—había ido a parar a la casa como dote de Teresa, con otros objetos, de los que Teresa habría deseado desprenderse, pero a los que el señor Grönwald se aferraba. O eso al menos pensaba Teresa. El señor Grönwald, por su parte, creía que su esposa se aferraba a todo. Eso sí, ni el uno ni el otro querían desprenderse de la mesa. Era una pieza ciertamente considerable, fastuosa, pero desproporcionadamente grande para ese piso. Había que limpiar el polvo que se acumulaba encima. Desconcertados iban y venían a su alrededor, como si esperaran a que comenzara a encogerse con el tiempo o a

que las paredes se fueran separando. No ocurrió ni esto ni aquello. La gigantesca mesa de madera de roble seguía allí, tal un monumento, delante de la ventana. Cuando Teresa no estaba en casa y el señor Grönewald se encerraba en su habitación, Ervin se escondía con un mapa debajo y viajaba mentalmente a ciudades conocidas y desconocidas: Quito, Calcuta, Madrid, Teherán, Bujará, Budapest, Wellington, Tianjin, Nairobi. Descubrió en la cara de abajo del tablero un sello un tanto desdibujado. No era fácil identificar lo que representaba, pero le pareció ver un pájaro, lo cual le alegró, porque los pájaros volaban a lo lejos. Nunca preguntó qué hacía allí un sello. Creía que, en una mesa así, la otra cara del tablero siempre traía un sello con un pájaro. De repente, el tiempo de los viajes debajo de la mesa se terminó. Poco a poco terminaron muchas otras cosas. Tras la muerte de Teresa, el señor Grönewald casi nunca se sentaba a esa mesa de madera de roble, pero ni se le pasó por la cabeza regalársela a alguien o pedir que se la llevaran. La mesa continuó en su sitio y allí esperó a que la doctora Bíró se levantara.

Ella, sin embargo, tumbada en el incómodo sofá, aplazaba el momento de incorporarse, de renunciar finalmente a su encierro frente a ese espacio extraño, frente a la mañana que comenzaba a vislumbrarse. Supuso que la habitación se estrecharía de pronto y que a partir de ese momento los objetos extraños y el orden de los muebles extraños no estarían determinados por la imaginación en estado de duermevela, sino por su utilidad. En el exterior no clareó mucho. Escuchó los ronquidos entrecortados y maquinales del señor Grönewald, tiró del edredón y se tapó hasta la nariz y se tomó un poco más de tiempo.

Luego, hacia las nueve, le preparó el desayuno al señor Grönewald, y cuando él se levantó le ayudó a lavarse. Había trabajado bastante con enfermos, con personas que no podían valerse por sí solas. No le daba miedo. Lo más importante era sentirse segura. Introdujo las piernas delgadas como palillos en el pantalón que colgaba de manera desfa-